

expresa, las más veces habla unos desatinos tremendos; y en verdad que es una lástima que no haya aprovechado sus luces, pues cuando raciocina con juicio se conoce que no es tonta y ha leído algo.

—Y aun eso es una maravilla, dije yo; porque siempre he oído decir que la mujer más hábil no pasa de tonta... Usted dispense, señora doña Matildita, que yo no digo lo que siento, sino lo que he oído decir, y esto porque el señor coronel me diga si aciertan ó no los que se profieren de ese modo.

—Seguramente no, dijo don Rodrigo, y tú me has oído decir varias veces que las mujeres pueden saber tanto como los hombres más instruídos. Esto se prueba por la causa y por el efecto. Por la causa, porque siendo el alma el receptáculo de la sabiduría y no careciendo las mujeres de alma, se sigue que tienen la misma aptitud que los hombres.

Ahora, que esta disposición sea en unas mayor ó menor que en otras, que las más no la cultiven, no prueba que no la tengan ó que no la puedan ejercitar en cosas útiles. Ya adviertes que hablo del entendimiento. A los hombres sucede lo mismo: entre ellos unos tienen más talento que otros y unos lo emplean mejor que otros.

La educación bien ó mal dirigida en ellos y la clase de vida á que nacen sujetos, hace que unos tengan

entendimientos ilustrados y otros vulgares ó incultos; pero así como fuera necedad decir que todo payo, que todo cargador ó cochero es tonto por ser cochero, cargador ó campesino, así lo es persuadirse á que toda mujer es tonta solamente porque es mujer, pues la que tenga una regular capacidad y aplicación, podrá aprender lo que le enseñaren y hacerse sabia, como se han hecho innumerables, cuyos ejemplares prueban esta verdad por el efecto.

Un gran catálogo se podría formar de las mujeres que se han distinguido en el mundo por sus sobresalientes luces. Desde el siglo xiii comenzó á brillar el sexo en la carrera de las ciencias. La primera mujer que se nota, dice Mr. Tomás en su *Pintura de las mujeres*, es la hija de un caballero bolonés que cultivó el estudio de la lengua latina y de las leyes. A los veintitrés años había ya pronunciado en la iglesia mayor de Bolonia una oración fúnebre en latín, sin que hubiese menester, para ser admirada, ni las gracias de su juventud, ni los demás hechizos de su sexo. A los veintiséis recibió el grado de doctora y leyó públicamente en su casa la *Instituta* de Justiniano. A los treinta logró por su grande reputación una cátedra en que enseñó el derecho á un prodigioso concurso de todas las naciones. Reunió en sí las gracias de mujer y las ideas de hombre, y cuando hablaba hacía olvidar el mérito de su belleza.

En el siglo XIV se renovó el mismo ejemplar en dicha ciudad y se repitió otro semejante en el XV. Por los años de 72 y 73 del siglo pasado desempeñó una mujer una cátedra de física en Bolonia. En el siglo XIV se distinguieron en Venecia dos célebres mujeres: la una Modesta di Pozzo di Zorzi, compuso muchas obras buenas en verso serio, jocoso, heroico ó tierno, y algunas églogas que fueron representadas en los teatros. La otra, Casandra Fidele, una de las mujeres más sabias de Italia, escribió con igual suceso en las tres lenguas de Homero, Virgilio y Dante, así en verso como en prosa. Fué muy sabia en la filosofía de su siglo y demás precedentes; cultivó la teología, defendió conclusiones, enseñó públicamente en Padua muchas veces, añadiendo la música á todos estos conocimientos, y ensalzó mucho más sus talentos por sus buenas costumbres, las cuales le granjearon el aplauso de los Sumos Pontífices y el homenaje de los reyes.

En Milán hubo una ilustre doncella de la casa de Tribulcio, que pronunció en la lengua antigua de los romanos muchos elocuentes discursos en presencia de algunos soberanos. En Nápoles la llamada Sarrochie, que compuso un famoso poema y fué en su vida comparada con el Tasso.

En España lució una Isabel de Foya y Roseres, que habiendo predicado con aplauso en la catedral de Barcelona, fué á Roma en tiempo de Paulo III, donde convir-

tió muchos judíos con su elocuencia, y comentó con aplauso á Juan Scoto en presencia de papas y cardenales. Hubo también en España una Isabela de Córdoba que supo el latín, el griego y el hebreo, y siendo ya célebre por su hermosura, reputación y riquezas, recibió el grado de doctora y después el de teóloga. Catalina de Rivera en el mismo siglo compuso varias poesías.

Aloisia Sigea de Toledo, más célebre que las tres antecedentes, además del latín y griego, supo el hebreo, el arábigo y el siríaco; escribió una carta en estas cinco lenguas al papa Paulo III, y fué después llamada á la corte de Portugal. Allí compuso muchas obras, y murió joven.

Ustedes se cansarían de oír hablar de semejantes mujeres, si yo tratara de compilar sus nombres. Baste saber que en todos tiempos han sobresalido muchas en las ciencias y en todos los pueblos cultos, á proporción que ha reinado en ellos el buen gusto.

En lo antiguo maravillaron á Roma y á Grecia, y en lo moderno á Italia. España, Francia, Inglaterra y la Europa toda han sido teatros en que han lucido los talentos elevados de las mujeres. Aún hoy vive en España la señora doña María Rosa Gálvez, famosa poetisa, como lo acreditan sus obras, y especialmente sus tragedias.

Ni se ha quedado nuestra América envidiosa de tales glorias. Muchas señoras americanas han sido prueba de

esta verdad, y si nó fuera por no singularizar, yo nombraría algunas que México conoce.

Todo lo que manifiesta que las mujeres sabrán á proporción de sus talentos y del cultivo que les dieren, sin que sea su sexo un estorbo para aprender, ni menos un motivo que justifique su ignorancia.

Esto digo, porque se observa frecuentemente que muchos padres y madres, no sólo no se afanan en cultivar los talentos de sus hijas, sino que se creen exentos de esta obligación y tienen por perdida toda la instrucción que pudieran recibir. ¿La niña lee mal, escribe peor, no conoce un número, ignora los fundamentos de su religión, comete al hablar mil barbarismos, está llena de supersticiones, y últimamente, es una criatura la más ignorante de la familia? No importa, *es mujer*, no ha de ser sacerdotisa, ni jurista, ni médica, etc., etc., y así nada se pierde con que no sepa ni hablar.

Así se explican muchos padres con su método de educación, creyendo que porque sus hijas son mujeres quedan á cubierto de la nota de ignorantes, y ellos de la que les acarrea su indolencia; pero en realidad ellos siempre pasan por unos descuidados entre los sensatos, y hacen á sus hijas un agravio, pues abandonar á éstas por mujeres, es lo mismo que decir: *Mi hija es mujer, pues aunque sea una bestia.*

Lo peor es que al tiempo que se descuidan en ense-

ñar á las mujeres lo útil, se pone el mayor esmero en llenarles la fantasía de necedades y en que aprendan lo que jamás debían saber.

Si son bonitas, desde muy tiernas se les hace conocer su mérito con las repetidas alabanzas que se les tributan; si son de genio vivo, se les persuade que tienen gran talento; si son locuaces ó habladorcillas, se les significa que son sabias; y en una palabra, si bailan, si cantan, si tocan ó tienen alguna mínima habilidad, se la encarecen con los más lisonjeros encomios. Las pobres mujeres creen que no tienen más que saber y que son de su clase Salomones.

Con semejante método ¿qué hay que extrañar que el común de las mujeres sea necio, superficial, vano y soberbio? ¿Pueden ser más, cuando no se les enseña otra cosa? ¿Y culparemos al sexo de ignorante é inútil, ó á los padres que lo educan entre las bagatelas é ignorancia?

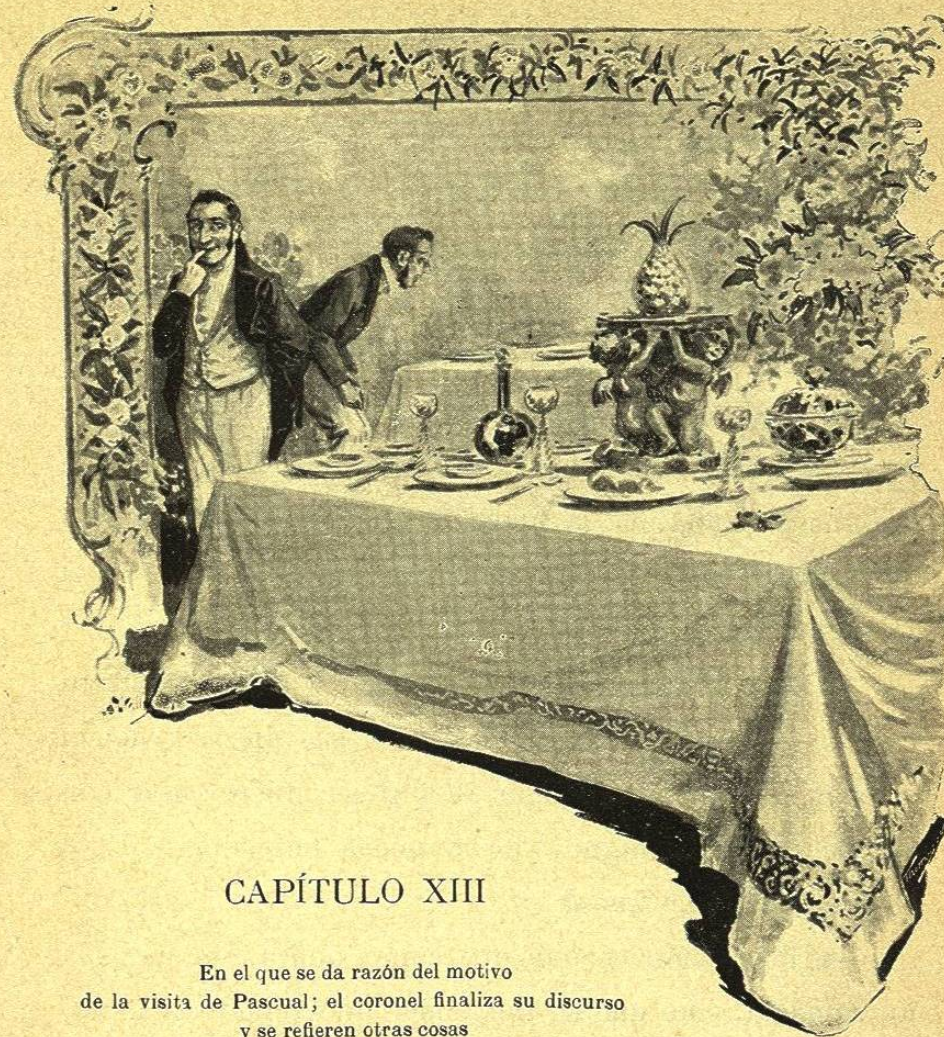
Los ejemplos de estas mujeres ilustres que he citado prueban hasta la evidencia que el sexo es capaz de saber y de pensar lo mismo que los hombres enseñados; mas no por esto digo que se dediquen todas las mujeres á los estudios serios y abstractos, ni que todas aspiren á merecer regentar una cátedra, ni pronunciar una oración en una iglesia. Esto sería pretender que saliesen de su esfera. Las mujeres sabias y varoniles no son comunes; pero se citan para demostrar que el sexo no es embarazo

para tener ni saber cultivar un buen talento, como se piensa vulgarmente.

Sin embargo, estas mujeres raras ¹ son más para admiradas que para seguidas, y yo estoy muy lejos de persuadir que se hagan las mujeres estudiantes. A la verdad, que no han nacido sino para ser esposas y madres de familia. En sabiendo cumplir con estas obligaciones, seguramente serán mujeres sabias en su clase y utilísimas á la sociedad. ¿Pero acaso es muy poco lo que tienen que aprender las que desean desempeñar estos cargos perfectamente?...

A este tiempo entró el ranchero Pascual, y su visita interrumpió el discurso del coronel, que continúa en el capítulo XIII.

¹ Raras en comparación de todo el sexo; pero muchas en lo particular, y bastantes á hacer regla para nuestro intento.



CAPÍTULO XIII

En el que se da razón del motivo de la visita de Pascual; el coronel finaliza su discurso y se refieren otras cosas

Entró Pascual, como se ha dicho, arrastrando las espuelas, y quitándose su disforme sombrero, saludó á los señores en estos términos:

—Ave María, señores amos. ¿Cómo les va? ¿cómo les ido? ¿cómo está su prenda?

—No hay novedad, Pascual, dijo el coronel; ¿qué ocurrencia te trae á la ciudad?